COMBATE
DE
RUSSELL HOUSE

CAYO HUESO

1 8 7 0

M U E R T E
DE
C A S T A Ñ O N

1938

Editorial "Alfa"
O'REILLY 31
Habana
FC

**Se imprimen sólo 500
ejemplares numerados
que se reparten gratis.**

DOS PALABRAS

El Coronel del Ejército Libertador León Primelles y Agramonte tiene, entre otras plausibles manías, la de coleccionar curiosidades históricas, viejos documentos, apolillados papeles, no solo de nuestras crónicas patrias, sino de donde quiera, de cualquier otro país. Cuando murió el Generalísimo, Primelles, con religioso respeto, cortó un mechón de sus gloriosos cabellos que ha unido en un medallón a otro que tiene del libertador Simón Bolívar. De las guerras bolivarianas guarda valiosos tesoros; entre ellos hemos visto el borrador original del armisticio de Trujillo, acordado entre el Libertador y su adversario el Conde de Cartagena. Y la generosidad de este bondadoso camagüeyano no tiene límites, al menos conmigo, en eso de poner a la disposición de todo aquel que lo solicite éstas, que vienen a ser, verdaderas reliquias.

El folletico que ahora reimprime es rarísimo, y casi único. Se publicó en los días de la tragedia en Nassau y con la fresca impresión del suceso vertida por el mismo protagonista, por Mateo Orozco, es documento indispensable para conocer como se desarrollaron los sucesos del Hotel Rusell House, primeros jalones en la otra tragedia ocurrida después, la del 27 de Noviembre.

Realmente no se pueden tener en cuenta las histéricas, las vocingleras manifestaciones, francamente mentirosas que el suceso provocara, entre libaciones alcohólicas, al cuerpo de voluntarios de entonces, de aquellos pretorianos que lo mismo imponían la masacre de ocho inocentes, casi niños, acusados del nimio y falso delito de haber rayado el cristal de una tumba, que organizaban el sacrilego entierro de un pajarillo, y hacían presidir la procesión, el cortejo, ridículamente bufo, por el Capitán General de la colonia, por el Obispo y otras altas autoridades de la Habana por esa fecha. Ningún crédito merece, pues, la versión española de los seis o siete asesinos cayendo como hienas sobre Castañón, que no fué después de todo al Cayo a batirse ni mucho menos, ya que él sabía muy bien que las autoridades americanas metían en Presidio a los duelistas y no tolerarían de ninguna manera un duelo en el territorio de la Unión; así es que solo iba Castañón con vistas a la suscripción de su Periódico, muy menguadas entonces, a dárselas de va-

liente por el Cayo y después de la bofetada que diera al anciano Reyes, pavonearse por el Parque Central con los del Quinto de Ligeros.

El mismo Zaragoza, pluma integrista a macha martillo, así lo juzgó cuando dice del mártir:

“Viendo Castañón palpablemente el decaimiento del Periódico, debido a su carácter y en gran parte a haberse separado del camino que le señalaron los socios fundadores, y recordando, al buscar los medios más oportunos para reanimarle, las prosperidades que al Cronista de Nueva York reportaron el desafío que con el cubano insurrecto Porto tuvo su Director D. José Ferrer de Couto, entró en “La Voz de Cuba” en deseos de imitarle, lo cual manifestó al autor de este Libro varias veces cuando vivían juntos en el hotel del pueblo de Marianao. No era censurable sin duda, desde el punto de vista patriótico el propósito de Castañón y su tendencia a exterminar en buena lid, imitando al valiente Llulla, a los enemigos de España, más en tan delicado asunto era muy importante y decisivo saber aprovechar la ocasión para no caer de la heroicidad en el ridículo, tan frecuente en semejantes casos y cuando no se escogen buenas circunstancias, y en ésto fué Castañón poco feliz, porque preocupado en su idea e impelido por la impaciencia de su natural fogoso, aceptó la primera que la casualidad hubo de presentarle”.

Este folletico, todo induce a creerlo, salió de la pluma de Juan Ignacio de Armas, expedicionario del Lillian que mandaba Domingo Goicuría y amigo de Orozco en esa Isla en donde éste se refugió después de la muerte de Castañón. Fermín Valdés Domínguez no conoció la existencia de este folleto, porque, de saberlo, no hubiera dejado de citarlo en su libro reivindicador de los estudiantes del 71, ya que ambos sucesos, la muerte de Castañón en Cayo Hueso, caído bajo la certera puntería de Mateo Orozco, y la de los ocho estudiantes de Medicina de la Habana guardan una real relación de causa a efecto.

Nota.—El hijo de Mateo Orozco, Raúl Orozco; cumplió “como mandaba la marca que le puso el mundo al nacer”, según creía Martí. Se incorporó al Ejército Libertador junto a Leoncio Vidal; fué herido, prisionero y escapado al pelotón de ejecución por haber ocurrido este incidente en la época de Martínez Campos, que lo condenó solo a Presidio. Salido de las cárceles españolas ocupó hasta hace poco un humilde destino en esta República del cual fué declarado cesante hace un año sin que se haya podido obtener su reposición, a pesar de su excelente hoja de servicios como empleado. Un agente electoral, muy vivo, lo ha suplantado. Voila Tout.

BENIGNO SOUZA.

MUERTE DE CASTAÑÓN

Indignado tomo la pluma para narrar los acontecimientos que han tenido lugar en Key West desde la llegada del señor D. Gonzalo Castañón hasta su muerte; y digo indignado, porque no me es posible mirar ni oír con sangre fría los diferentes e infames calificativos con que tanto el periodismo español, como sus satélites los voluntarios de la Habana y algunos necios americanos han bautizado la heroica escena que a mí me ocurre titular COMBATE DE RUSSELL HOUSE. Al empezar la breve descripción que me propongo hacer, aunque cubano de corazón, cubano independiente que ha aborrecido, aborrece y aborrecerá el despótico Gobierno español, viva persuadido el que la lea y el mundo entero que en ella va estampada la verdad, desnuda de todo espíritu de partido, dándole al César lo que es del César.

Las circunstancias actuales me impiden estampar mi nombre al pie, pero llegará un día, no muy lejano, en que pueda tener el orgullo de hacerlo. Testigo ocular en todo lo ocurrido, empiezo pues mi tarea pasando a probar con hechos, que el C. Mateo Orozco no es un asesino, que Gonzalo Castañón murió en ley, que fué un cobarde, y que como tal ocupará su página en la Historia de nuestra santa causa, mientras que el primero debe llevar y llevará sin duda el glorioso epíteto de VENGADOR DE LAS CUBANAS.

Yo también, como la redacción de EL REPUBLICANO ha dicho en su número del 5 de Febrero actual, lamento la pérdida de un hombre, aun cuando éste haya sido uno de nuestros enemigos; pero creo que esa misma redacción convendrá conmigo, en que con la muerte de Gonzalo Castañón, ha muerto el incendiario, el sanguinario y el calumniador de nuestras idolatradas hermanas, ha bajado al sepulcro para no ser más, el hombre que por repetidas ocasiones tuvo la audacia de pedir a su bárbaro Gobierno el esterminio de nuestra raza. Creo pues, que con su muerte, ha alcanzado nuestra causa un triunfo más.

Todo el mundo sabe que en la “Voz de Cuba” fecha 21 de Enero, publicó D. Gonzalo Castañón la carta de duelo que a la letra copio:

UNA CARTA

Con esta fecha y dirigida al Director de EL REPUBLICANO, periódico que se publica en Cayo Hueso, sin llevar el nombre de los que en él escriben ha sido puesta en el correo la siguiente carta:

Habana, 21 de Enero de 1870.

Sr. Director de EL REPUBLICANO.

Muy señor mío:—Como periodista, ni aun desprecio me merecen las injurias que Vd. dirige a la “Voz de Cuba”, porque únicamente se demuestra en ellas la cobardía de causa de miserables y traidores. Como particular, deseo solo conocer su nombre, y preguntarle si está Vd. dispuesto a sostener de cerca los insultos y mentiras que prodiga desde lejos, y a rogarle que en este caso, me lo comuniqué autorizando su firma la de cualquiera de los cónsules o agentes consulares extranjeros que residan en esa población.

Queda esperando su respuesta y empeña desde ahora su palabra de honor de llevarle personalmente la suya, S. S. B. S. M.,

GONZALO CASTAÑÓN.

Esta carta fué leída en Cayo Hueso por el C. Juan María Reyes, director que había sido de EL REPUBLICANO hasta el día 15 inclusive.

La carta original que se dice venía por el correo no llegó a manos del expresado ciudadano en aquella fecha. A las 6 de la mañana del día 24 subsecuente, telegrafió Reyes a Castañón manifestándole, había leído el periódico del 21, no había recibido la carta que se citaba, y como director del periódico, estampaba su firma al pie, ratificaba su artículo ofensivo el autor y esperaba al señor Castañón. Dicho telegrama no fué contestado de la Habana y el día 26 habiendo arribado a este puerto del de Nueva Orleans para la Habana el vapor americano “Alliance”, correo de los Estados Unidos, aprovechó Reyes esa oportunidad para dirigir al señor Castañón una carta en que hacía más explícito el contenido de su telegrama.

Reinaba en todos los cubanos emigrados en Cayo Hueso la ansiedad natural para saber el resultado de la cuestión que se presentaba, todos creían a la vez ver entrar el vapor “Alliance” de su viaje de retorno trayendo a su bordo al noble campeón, director del inmundo periódico “Voz de Cuba”; y en efecto, el día 29 a las cinco de la mañana tuvimos el placer de oír el estrepitoso ruido del fotuto del Alliance” que nos anunciaba su feliz arribo, y dirigiéndonos hacia el muelle contemplamos desde él, sobre cubierta, no solo al señor Castañón sino a cuatro individuos más que le acompañaban. Serían las seis, poco más o menos, de

esa misma mañana, cuando entraban a bordo dos caballeros cubanos en busca del señor Castañón y con el objeto de cumplimentar una sagrada misión que se les había confiado por otro cubano agraviado por ofensas que le había hecho con mucha anterioridad el dicho señor Castañón en su ya expresado periódico. Debo manifestar con la franqueza que me es característica, que en aquellos momentos, tanto por parte de Castañón como de los demás que le acompañaban fueron recibidos los cubanos con bastante moderación y finura, y que aceptadas las proposiciones que éstos hicieron para un duelo, fueron designados por Castañón su padrino y testigo para llevarle a cabo con toda la decencia y sigilo posibles, tan luego como ventilase otra cuestión que a dicho punto le llevaba. De este duelo, arregladas todas sus condiciones, se extendió inmediatamente acta firmada por los padrinos y testigos de ambos, cuya acta existe por duplicado en poder de los mismos, sin que sea permitido darle publicidad en estos momentos. El duelo tuvo que aplazarse para más adelante por haberse presentado graves inconvenientes para llevarle a cabo de la manera que se deseaba. Forzoso me es callar en esto algunos particulares; pero forzoso me es también decir, que por parte de cubanos y españoles se observó finura y delicado tacto en todo el asunto, que terminado que fué se extendió otra nueva acta que igualmente por duplicado existe en las manos ya antes citadas; atreviéndome a asegurarlo porque me consta todo lo que llevo expuesto.

Empezemos nuevamente la cuestión de Reyes y Castañón, siguiendo el orden cronológico. Serían las ocho de la mañana cuando desembarcaban D. Gonzalo Castañón, D. Eugenio Arias, D. Felipe Alonso, D. N. Píñilla y un criado que los acompañaba, llamado Pereira, hospedándose en el Hotel Rusell, frente por frente a las oficinas de EL REPUBLICANO, punto céntrico de la ciudad y de lo más concurrido. Pasados algunos momentos, es decir de 9 a 10 de la mañana del citado día 29 se dirigieron dos de ellos a la redacción del periódico citado, solicitando “a D. Juan María Reyes” y habiéndoseles contestado no estar allí, volviéronse al hotel. A las once mandó D. Gonzalo Castañón por conducto de un moreno, vecino de Cayo Hueso, a informarse en la misma redacción si ya había venido el señor Reyes y que en caso afirmativo le manifestase **TUVIESE LA BONDAD DE PASAR A SU CUARTO PARA TENER CON EL UNA ENTREVISTA.**

Reyes en persona recibió la misiva y agarrando su sombrero se dirigió acto continuo a llenar las exigencias de su ya conocido adversario. ¿Quién hubiera podido imaginarse lo que allí iba a suceder? ¿Quién hubiera creído una acción indigna en un caballero al parecer decente? ¿Parece increíble señores! El C. Reyes entró en la habitación de D. Gonzalo Castañón con calma y con la confianza natural en una persona que cree que va a medir sus palabras con todo un caballero; Reyes no portaba arma alguna, fué recibido cortesmente por los señores Arias y Alonso, mas no fué así por el señor D. Gonzalo que con marcada fanfarronada y tono despreciativo le

preguntó: “¿Fue usted director de este periódico hasta esta fecha? ¿Me dirigió usted este telegrama? ¿Escribió usted esta carta?” Afirmando a todo Reyes, levantó la mano Castañón como queriendo avasallar a un honrado, débil y enfermo padre de familia; pero afortunadamente no descargó su ira de esa manera innoble, porque Reyes lo impidió con su brazo y el señor Arias detuvo al agresor con estas palabras: “Castañón, este señor está bajo nuestra salvaguardia”. Sobre la marcha salió Reyes del hotel, enteróse de lo ocurrido todo el pueblo cubano, la policía de Key West tomó parte en el asunto, e inmediatamente fué conducido a la Corte de la ciudad en calidad de preso el señor Castañón. De las declaraciones resultó que éste había ultrajado a un caballero indefenso, que había abusado de él mandándole buscar a su misma casa para llevar a cabo su ya prometido plan contra un hombre débil, repito, con padecimientos crónicos; circunstancias todas que el señor Castañón tuvo en cuenta para probar a los valientes voluntarios de La Habana que era un hombre de honor. Aplazada la causa para verse en primero de Mayo, dispuso el Juez que el acusado prestase una fianza de \$200.00 con que poder responder a las resultas y que además quedaba condenado al pago de costas. Después de replicar su abogado inútilmente sobre la crecida suma que se le exigía, conformóse el español y la satisfizo.

Ahora bien, Castañón desembarcó en Key West a las 8 de la mañana. Castañón atravesó el muelle por en medio de 200 a 300 cubanos. Castañón no recibió de ese pueblo la más mínima demostración que le hiciese patente la cólera que cada uno de ellos abrigaba en su corazón, con sobradísima justicia, contra él, el pueblo cubano debía dar y dió en aquéllos momentos pruebas de sensatez y cordura y al mismo tiempo de respeto a las leyes de este país.

Pero la escena cambia, ese pueblo cubano antes sensato y que reprimía su cólera, sabe que un cubano ha sido villanamente ultrajado y todos a la vez disputan el placer de enviar a Castañón un cartel de desafío, abandonan todos sus quehaceres y ya solo los ocupa el medio de la venganza; pero de la venganza noble, no rastrera como se le ha querido pintar por algunos señores de ese Cayo, particularmente por el Cónsul Español con su calumnioso telegrama dirigido y publicado en los periódicos de La Habana. Mateo Orozco, cubano, joven, lleno de fuego, amante como el primero a su bella Cuba, buen hermano de sus hermanos, acude desarmado a las puertas del Hotel donde se encontraban los señores Arias, Alonso y Pinilla y de esta manera les interroga: “Sois unos cobardes, habéis ultrajado a un hombre indefenso, habéis abusado de su debilidad y por lo tanto recibid con esta mano una fuerte bofetada cada uno de vosotros y eso os dará lugar para que me retéis uno, a uno”. A estas palabras, que los españoles oían desde el balcón del Hotel contestaron a Orozco que tuviera la bondad de subir, a lo que repuso éste “que se le concedieran cinco minutos para ir a su casa a proveerse de

un arma con que probarles y probar que no era fácil se repitiese en él la escena de Reyes”. Aseguraba Orozco que el señor Arias tomó a su cargo los insultos y que probablemente le dirigiría cartel de desafío y en esa confianza aguardó con calma hasta las 7 de la noche de ese mismo día en que convencido ya de que no se le retaba por Arias, determinó enviar a éste una comisión que lo hiciera a su nombre. La comisión fué compuesta de dos finos cubanos que la desempeñaron cumplidamente, habiendo tenido por contestación del señor Arias, que daría a Orozco la debida satisfacción por escrito, pues su ánimo no había sido ofenderle. La carta satisfactoria del señor Arias escrita de su puño y letra dice así:

Key West, Enero 29 de 1870.

Sr. Don Mateo Orozco.

Muy señor mío:

Habiéndose presentado el señor Don O. D. N. y N. D.,—, de parte de usted a quien no tengo el gusto de tratar y porque se decía agraviado e injuriado por mí, por su indicación le dirijo a usted la presente manifestándole, que no tengo inconveniente en asegurar que no he inferido a usted ofensa ni injuria, alguna ni ha sido ese mi ánimo.

Quedo de usted S. Q. B. S. M.

EUGENIO ARIAS.

Convencido Orozco hasta la evidencia que no era posible estrechar un lance con el señor Arias, no sólo por la carta que antecede, sino porque le era sensible tener que vérselas con una persona que como él había dado pruebas, desde su llegada a Key West, de ser el más cumplido caballero de los que acompañaban al señor Castañón, resolvió, tan luego como fué leída la carta del señor Arias, dirigir otra a Castañón con el fin de que este señor se retractara de las ofensas hechas por medio de su inmundo periódico, a las bellas hijas de Cuba, y al efecto comisionó a los mismos dos señores cubanos que acababan de desempeñar la misión con el señor Arias. La carta de Orozco a dichos señores dice así:

CC. N. N. y...

“Insultadas nuestras queridas hermanas y nuestra idolatrada patria por el señor Don Gonzalo Castañón, Director del Periódico la “Voz de Cuba”, que se redacta en La Habana, y que se encuentra hoy entre nosotros, suplico a ustedes tengan la bondad de pasar a verle y retarle a mi nombre para un duelo a muerte, caso de no retractarse de las

expresadas ofensas. Inútil creo recomendar a ustedes acierto en el asunto y que procedan en él con las más amplias facultades.

Soy de ustedes affmo. amigo y compatriota.

MATEO OROZCO.

Key West 29 de Enero de 1870.—A las 8 y 30 de la noche”.

La Comisión cumpliendo su cometido pasó a visitar al señor Castañón, quien inmediatamente que leyó la anterior carta, manifestó con altanería y arrogancia “que aceptaba el duelo que éste podría efectuarse a la Córcega” (palabras textuales). Interrogado entonces por los cubanos que ignoraban la fórmula de dicho duelo, dijo: “Que éstos tenían lugar sin padrinos ni testigos, retirándose los adversarios a un lugar escampado o a alguna casa inhabitada con sus correspondientes armas siendo antes registrados por dos amigos de confianza, llevando cada cual en su bolsillo una carta declaratoria de su suicidio, que una vez en el punto designado, cada cual podía hacer uso de su arma hasta que alguno quedase en el sitio”.

Oídas las proposiciones del señor Castañón, o mejor dicho, la extraña descripción de los duelos a la Córcega, los cubanos en comisión aceptaron en nombre de su ahijado todo cuanto deseaba dicho señor y acto continuo salieron del Hotel para prevenir a Orozco de lo que ya era un acuerdo entre personas decentes. Debo advertir que los señores Arias y Alonso que se encontraban presentes se oponían a semejante duelo.

Amaneció el 30 y todos ansiaban el resultado de dicho duelo, serían como las 12 del día cuando volvían a visitar al señor Castañón los representantes de Orozco con el objeto de acordar hora y sitio para el duelo a la Córcega; pero al avistarse con el valiente campeón que tan decididamente lo había propuesto, empezaron a comprender por las evasivas que presentaba que sólo lo había hecho para intimidar al cubano creyéndole incapaz de admitir tan desesperado plan, y como en una de esas evasivas dijo: “querer conocer personalmente al señor Orozco antes de llevar a cabo el duelo”.

Los padrinos hicieron algunas reflexiones sobre la presentación de Orozco en su casa, tratando de evitar otra escena como la de Reyes, que diera lugar a un escándalo en el Hotel y a la violación de las leyes de ese país; sin embargo, Castañón insistía en ello y esa insistencia dió lugar a que desde la hora marcada hasta la de las 7 de la noche se efectuasen continuadas entrevistas que diesen el mismo resultado, hasta que hubo momentos en que alterados los representantes de Orozco por la altivez con que Castañón quería disfrazar su cobardía quisieron irse

a las manos, cosa que no llegó a efectuarse porque la Providencia siempre ponía de por medio al caballeroso y noble señor Arias, quien no dudó, lo repetiré, siempre, es el más cumplido caballero. Por último, salieron del Hotel los representantes de Orozco sin que hubieran podido conseguir la firme resolución de que el envalentonado director de la “Voz de Cuba” quisiera medir sus armas con su adversario y probando hasta la evidencia que el temor se había apoderado de él. Acto continuo los señores cubanos de la comisión resolvieron formular una protesta, en la cual constase que Don Gonzalo Castañón había sido un cobarde, retractándose de su palabra al no aceptar el duelo con Orozco, cuyas condiciones fueron propuestas por él mismo. Existe la protesta firmada por los expresados cubanos y sí en esta breve reseña de los acontecimientos, no se incluye íntegra, es porque en el momento en que esto escribo, se encuentra dicho documento muy lejos de mí; sin embargo no dude el público de que más adelante conocerá tan importante escrito. Sabedor Orozco de cuanto ocurría al entregársele la protesta por sus padrinos, insistió en querer complacer a Castañón y presentársele para que lo hiciera personalmente, prometiendo que iría desarmado para evitar de ese modo algún lance desagradable e indigno en el Hotel, lo que no pudo efectuar entonces por la oposición abierta de sus padrinos.

Inquieto pasó la noche del 30 el C. Orozco, pues hasta cierto punto estaba ofendido su honor creyendo que la no admisión del duelo consistía en que se le tenía en la equivocada opinión de que era una persona indecente y no por la cobardía de un hombre que había ido a Key West, precedido de tantas y tantísimas baladronadas. Difícil era convencerle de lo contrario, Orozco no podía imaginar que Castañón, el valiente español, el hijo del Cid campeador el descendiente de Pelayo, no aceptase su propuesto duelo a la Córcega; pero así sucedía, sus bravatas y todo ese coraje innato en los nietos de los defensores de Lepanto y Pavía, había quedado en La Habana al lado de los voluntarios, y en el sucio tintero que adorna el bufete de la Oficina de su atrevido periódico la “Voz de Cuba”.

Apenas serían las 6 de la mañana del día 31 cuando entraba en el Puerto el vapor americano “Lavaca” Correos de los Estados Unidos, procedente de Nueva Orleans y que debía seguir viaje hacia La Habana a las 4 de la tarde ese mismo día, y enterado Orozco de que en él debía marchar el señor Castañón a probar a los voluntarios de La Habana que había ultrajado en Cayo Hueso a los Cubanos y que era hombre de honor, exigió nuevamente a sus padrinos que fuesen a ver por última vez a Castañón a fin de que el duelo tuviese lugar antes. Obedecieron éstos las exigencias del ahijado y volvieron a obtener por contestación de Don Gonzalo: “Que quería conocer a Orozco y que empenaba su palabra de honor de que no había escándalo en el Hotel y que acto continuo se verificaría el duelo”. Resueltos entonces los de

la comisión, salen en busca de Orozco, quien, cual un cumplido caballero, acompañado de su correspondiente padrino y completamente desarmado, pasa a satisfacer los deseos de Castañón. Llegan al Hotel y por medio de un sirviente mandándole a avisar que dos caballeros le aguardan, baja Castañón acompañado del señor Alonso, pues los señores Arias y Pinilla se encontraban fuera en aquellos instantes, cruzándose entre Orozco y Castañón algunas palabras ofensivas, diríjense Orozco y su padrino hacia afuera del Hotel, Castañón viene hacia el portal y ya en los momentos de retirarse Orozco, le dice Castañón: “¿Es usted el hombre indecente con quien yo debo batirme? ¿El indecente es usted, canalla, replicó Orozco, tenga usted la bondad de salir y venir conmigo. Sí, pero vamos hacia este lado, repuso Castañón. No, ese es el poblado vamos hacia el campo, manifestó Orozco, usted es un cobarde, usted es un canalla; a cuyas palabras levantó la mano Castañón dándole una fuerte bofetada a Orozco quien inmediatamente quitó a su padrino un revólver que llevaba en la cintura, Castañón sacó otro revólver de su bolsillo y echando dos pasos hacia atrás entró en el Hotel desde donde hizo fuego. Inmediatamente monta Orozco el suyo, dispara, y su certero tiro lo clava en la pierna izquierda de Castañón que arrodillado cae herido se incorpora enseguida, vuelven a disparar uno y otro sucesivamente, y se oyen otras detonaciones del revólver que portaba el señor Alonso. Castañón apoyado sobre sus rodillas junto a la puerta de entrada del Gabinete de Lectura, vuelve a disparar y recibe de su contrario, colocado cerca de la puerta, la bala que acabó con su existencia. Sale Orozco precipitadamente al centro de la calle y con arrogante figura, heroica y voz y ánimo tranquilo, llevaba en su mano derecha su descargada pistola, exclama a voces: ¡VIVA CUBA LIBRE! ¡CUBANAS, ESTAIS VENGADAS!, y enseguida se le proporcionó por algunos amigos americanos su escondite.

El revólver del señor Castañón apareció en el suelo junto al cadáver el cual era de 12 tiros, encontrándose cinco de sus cargas disparadas. Existe hoy dicha arma en poder del Tribunal.

Todo el pueblo de Key West y parte del cubano, pues casi todos estaban en sus talleres, presenciaban la escena que acababa de tener lugar y contestaban a las sublimes palabras de Orozco con entusiastas vivas y aclamaciones a Cuba Libre. Debo advertir, que entre las muchas personas que presenciaron el hecho se encontraban, muy de cerca y sin que tomaran parte en él, el señor Gobernador de la Ciudad, el señor Cónsul Español, así como también toda la policía de Key West. Un infeliz cubano que no había tomado parte en la contienda salió con un leve rasguño en la frente.

Reasumiendo, diré, que eran dos españoles con revólver en mano que disparaban contra Orozco, único cubano que portaba arma de los que se encontraban allí, pues su padrino no le abandonó ni un solo instan-

te tuvo el valor suficiente para etregar a su ahijado la que llevaba como antes he dicho y ocupar su puesto, recibiendo casi a quemarropa, lo mismo que Orozco, ocho detonaciones que llegaron a salir de las armas de los españoles sin que ninguna bala llegase a herir a ninguno de los dos.

Antes de continuar la narración, permítaseme decir algo respecto al valor sin igual y sangre fría espantosa, del cubano padrino del C. Orozco. Un cuarto de hora habría transcurrido de la muerte del señor Castañón, Orozco se encontraba ya fuera de escena y sin embargo, su intrépido compañero permanecía frente al Hotel “Russell”, aguardando impávido que quizá un nuevo enemigo se presentara a la palestra; hasta que a instancia de varios amigos abandonó el lugar y se le llevó a un escondite.

Ya antes he manifestado que los señores Arias, Pinilla no se encontraban en el Hotel cuando el combate, y tan es así, que llegaron en momentos en que Castañón no existía lo que dió lugar a que el primero saliese otra vez, revólver en mano, como dirigiéndose a bordo del vapor “Lavaca”, y a que el segundo también con revólver en mano, se presentase a las puertas del Hotel como desafiando al populacho que en la calle estaba. Ambos fueron detenidos por la Policía y un piquete de infantería que, con fusil en mano, custodiaba ya las puertas del Hotel. Media hora después del hecho empezó a ocuparse la policía del registro y prisiones de algunos cubanos, que de paso sea dicho, tuvo tan poco acierto, que los arrestados fueron precisamente jóvenes que en nada habían intervenido; y era natural que no intervinieran puesto que la cuestión había sido entre dos hombres acompañados de sus correspondientes padrinos, disparando sus pistolas a la vez y no, como ha dicho el “Diario de la Marina” y el señor Cónsul Español “que eran cinco cubanos contra un caballero indefenso y en la sala del Hotel. Desearíamos todos los cubanos que al describirse acontecimientos como el que me ocupa se usara siempre la verdad y no se tuviera la audacia de aplicarles inmediatamente calificativos indignos que manchan la reputación de un hombre delicado. Yo creo y conmigo todos mis compatriotas que si Gonzalo Castañón hubiera sido muerto por un cubano en despoblado, en el campo del desafío, rodeados de sus padrinos y testigos, del mismo modo la prensa española hubiera calificado a su adversario, es decir, de traidor, cobarde y asesino; ¿sabéis ¿por qué? Porque un cubano nunca tiene razón para dar muerte a un español, porque las balas de los cubanos son innobles y por último, porque ellos vivían persuadidos de que Castañón no debía morir, PUESTO QUE VENIA FORRADO DE UNA COTA DE MALLA.

¿Calificar el mundo de asesino al C. Mateo Orozco? ¿Mercede ese dictado el hombre que ha procedido como él? ¡No, y cien veces no! Poco importa que el periodismo español y nuestros enemigos todos le den ese dictado, poco importa, repito, porque el público sensato, tanto americano como francés, inglés etc., sabrá apreciar y valorar el hecho y

sobre todo, porque la conciencia de Mateo Orozco está tranquila, de nada le acusa y tiene el convencimiento de que no es un criminal.

Asesino dice el rico diccionario de la lengua castellana, es aquel que mata alevosamente. ¿Por ventura fué muerto Castañón de esa manera? Mis lectores juzgarán. Si los españoles se atreven, pues, a decir que Orozco es un asesino como llamará el mundo al sanguinario Balmaseda? Como juzgará la historia al hombre que como él, decreta a sangre fría la muerte alevosa de 21 cubanos inocentes mandándolos pasar por las armas en medio del camino de Bayamo a Jiguaní y cuando ellos menos lo esperaban? Se dirá acaso, que esos cubanos eran prisioneros de guerra, que se les había cogido con las armas en la mano? No, esos cubanos fueron presos en el hogar doméstico en Santiago de Cuba a deshora de la noche y sólo por sospechas y remitidos a Bayamo a petición del bárbaro Conde para llevar a cabo su infame crueldad. La sangre de los ilustres mártires José Antonio Pérez, Rafael Espín, Asencio Asencio, Collazo y demás compañeros, reclama venganza y yo confío en que la divina Providencia irá presentando al Partido Liberal los medios de llevarla adelante. Cuando este recuerdo viene a mi mente, comprendo cuan difícil es ya la reconciliación y cuan difícil es también que suceda lo que manifiesta el Director de EL REPUBLICANO en su número del cinco ya citado, es decir, que llegue un día en que abrazados unos y otros nos reconozcamos y olvidemos las ofensas. ¡No! Ya no es posible que haya términos medios, ELLOS O NOSOTROS, ese es nuestro lema.

Manifiesta también ese mismo periodismo que los cubanos en Cayo Hueso son asesinos y mal agradecidos, por el poco respeto que guardan a las leyes de un país que los ampara en su emigración, dando lugar a escenas escandalosas y villanas. El señor Cónsul de España en el telegrama pasado al Gobierno de su Nación, y del que me he ocupado ya, no hace otra cosa que darnos igual calificativo; pero. ¿Se atreverían, tanto los unos como el otro a contestar a mis observaciones? Dirá el periodismo español, que Castañón no fué a Key West con carácter hostil a provocar a los tranquilos emigrados cubanos, cuando diariamente exponen que allí le llevó su amor a la patria, España, para defender la integridad ultrajada? ¿Negará esa misma Prensa que Castañón fué acompañado de sus correspondientes padrinos, testigo y médico? ¿Ignoraban esto los Españoles de La Habana, desde el Capitán General hasta el último voluntario carretonero? ¿Dirá el Cónsul que no estaba enterado de lo más mínimo, respecto a las intenciones que llevara Castañón y sus acompañantes? Dispénsenme los unos y los otros y permítanme decirles, que ellos han sido criminales antes de ser asesinos los cubanos, según se atreven ellos a decir. Los españoles de La Habana permitiendo que Castañón fuese a aquel país a lavar manchas en la integridad nacional han pisoteado las leyes de neutralidad. El señor Cónsul fué criminal también porque en sus manos estuvo haberse opuesto al desembarco de esos hombres y evitar de ese modo que se alterase la

tranquilidad en un país que hasta ese día había sido inalterable por los cubanos.

¿Qué pretendían, pregunto yo, la Prensa Española y el Cónsul, de los cubanos residentes en dicho punto? ¿Deseaban quizá, esos señores que éstos admitiesen con sangre fría las bofetadas del envalentonado godo? ¡Ridículo deseo!, ¡tonta pretensión! Los cubanos, lo mismo que todos los hombres de honor, no debían, no podían permitir que Castañón y su comparsa volvieran a La Habana orgullosos de haber abofeteado a dos o tres de ellos sin que esta falta fuese castigada severamente. Con lo expuesto queda probado que si los cubanos faltaron a las leyes del Estado de Florida castigando a un provocador atrevido, antes faltaron a esas mismas leyes, los españoles en general y en particular el celoso Cónsul, que todo lo consintió sin tomar medidas enérgicas con la Autoridad.

Algunas descripciones respecto a la conducción del cadáver hacia a bordo han hecho los periódicos españoles, descripciones inventadas, pues si bien es verdad, que fué llevado con respeto, no lo es así que le marchase la infantería americana con armas a la funerala, pues dicha tropa solo iba para hacer guardar el orden y de ningún modo para tributar honores al cadáver de un hombre desconocido. Risa da leer el laborantismo español; pero afortunadamente son periódicos que ya el mundo los conoce y por lo tanto no merecen comentarios.

Tres son los únicos cubanos que existen presos en Cayo Hueso y que probablemente lo estarán hasta lo de Mayo, día en que la causa abierta en averiguación del hecho, se verá en la corte, y digo hasta ese día, porque como son enteramente inocentes saldrán en plena libertad. Respecto al C. Mateo Orozco y su digno padrino, me cabe la gran satisfacción de saber desde el lugar en que esto escribo que se encuentran desde la misma noche del día 31 del mes ppdo., sanos y salvos de todo atropellamiento, lejos del territorio americano y muy cerca quizás del campo insurrecto, próximos a ponerse a las órdenes de nuestro valiente caudillo Carlos Manuel de Céspedes.

Réstame sólo decir al terminar mi narración que cuanto llevo expuesto es lo que verdaderamente ha tenido lugar y que al hacerla sólo me guía otro interés que el que al principio he manifestado, y es, dar al César lo que es del César.

Nassau 17 de Febrero de 1870.